

ESPAÑA desde el AIRE



Córdoba.



Zamora.



viaja en avión, no pueden conducir a otra cosa que no sea el tedio y aburrimiento. No existe ese peligro en la Península. España está dividida por una serie de espinas transversales que delimitan concretamente unas zonas peculiarmente distintas y hasta, en ocasiones, abiertamente opuestas a las colindantes.

Pero no es ésta, con ser muy importante, la única virtud del suelo español bajo la visión vertical, puesto que habrá, además, que sumarle sus tradicionales bellezas, que no han de sufrir menoscabo, antes bien, ganarán realce, desde la nueva visión. Desde luego, se ganará siempre en conjunto. Lo que desde la superficie hemos de contemplar fragmentariamente, cuyos fragmentos hemos de acoplar en nuestra imaginación, para hacernos una idea general, se nos ofrece desde el aire de una vez.

Sea el punto de partida de nuestro reportaje vertical las Islas Canarias. Estas son un florido vergel, con la faz blanca de su Teide, que esconde—cual las nativas—fuego en el corazón bajo la nieve de su semblante. La grandeza objetiva del Teide es, en verdad, considerable; pero apenas nada si la comparamos con lo que subjetivamente representa. En las islas, el Teide es, por fuerza había de serlo, el pináculo de la grandeza, la meta tangible para toda mensuración. La magnificencia de esta montaña cobra todavía mayor realce cuando en el día que sobre ella se vuela el techo de las nubes se desliza a sus plantas. Entonces se comprende y se justifica la vieja veneración guanche por su Teide, disculpando que unos hombres primitivos e ingenuos se humillasen ante aquel coloso, que vomitaba fuego, así lo creían ellos, cuando era desobedecido.

Por MANUEL G. DE ALEDO

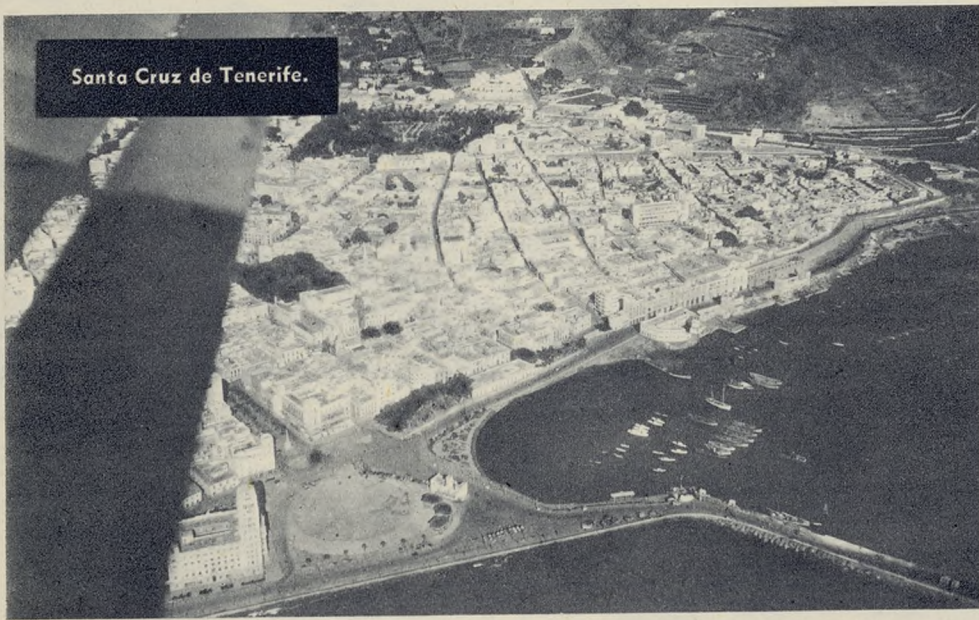
EL paisaje desde el aire, casi inédito aún, es un paisaje vertical. Hasta el momento, nadie nos había ofrecido una visión vertical de España. Desde el aire, la Península Ibérica es tan bella y tan apasionante como desde los otros puntos de proyección.

Si nos viésemos forzados a resumir en un solo calificativo la cualidad más acusada de España, diríamos sin dudar: diversa. España es diferente, distinta, lo mismo geográficamente que climatológicamente; por igual desde un punto de vista histórico que costumbrista. Así vemos que en este suelo se dan las cumbres de nieves perpetuas y el clima bonancible; y las llanuras interminables junto al macizo escarpado o la meseta de gran altitud. Es esta de la variedad una virtud inapreciable para nuestra perspectiva vertical. Todo aquel que haya volado sabe que aquello que puede quitar aliciente o belleza a un viaje por el aire es la monotonía. Las grandes extensiones, bien de tierra, bien de agua, cuando se

Barcelona. Vista parcial.



Santa Cruz de Tenerife.



Grao de Valencia.



En grácil salto de horas pasamos a Cádiz, segunda escala de nuestro itinerario vertical. Lo que primeramente destaca en la estructura gaditana es la permanencia de sus contornos, de sus límites. Es una ciudad en la que no cabe expansión, seguramente porque ni la busca ni la desea. En Cádiz todo es cual fué, tal y como será siempre. Son las mismas esas calles afiladas, estrechos regueros de sombra, que pasean de un lado a otro la gracia y el donaire de su parsimonia andaluza.

Y de Cádiz, a Sevilla. Andalucía es toda ella una inmensa brújula. El Guadalquivir es su aguja magnética, que apunta sensiblemente a Sevilla. Y a Sevilla acude, imantada por su influjo, el alma toda de Andalucía. Y se ha condensado en un olor, una música y un paisaje. Y todo ello rima a la perfección con la algarabía de las callejuelas y el hormigueo de las barriadas.

Sobre Sevilla parece existir como un remolino, que todo lo absorbe, que todo lo atrae y hace suyo. Volando sobre ella se siente esta atracción. Y se embebe uno en las maravillas arquitectónicas de la Catedral y de San Telmo, y en las frondas de sus alamedas y palmares, y en el hechizo inconfundible de sus callejuelas.

Lo más representativo de Sevilla desde el aire son sus plazas. Todas ellas se presentan con un denominador común: su frondosidad, que es su vida y su ornamento. En todas ellas existe un paralelismo de edificios y de árboles, como si la vegetación se hubiese empeñado en remedar la geométrica configuración de la arquitectura.

Desde Sevilla aproamos a Ronda, la ciudad poseída por el vértigo de su Tajo. Toda ella está asomándose al mismo con una perpetua antinomia de deseo de apartarse e imposibilidad de hacerlo. La belleza, la negra insondable belleza del Tajo, le atrae con poder irresistible. Y allí está, al borde, la ciudad toda, con sus blancos cortijos, que parecen escapados de la campiña andaluza, con las severas casas de esplendor magnificante, con el ruedo empapado de vitores y sol...

Palma de Mallorca. Arrabal de Santa Catalina.



Ibiza.



Lugo.



De Ronda, a Córdoba, en nuestra dirección y nuestro rumbo. Y a Córdoba llegamos tras saltar la cadena costera, y tras volar por esos olivares interminables, plantas y surcos, de la campiña de Jaén y de la propia Córdoba. Córdoba se adormece segura al borde del río; las ermitas de su serranía, blancos puntitos que en la lejanía se columbran, le dan atalaya vigilante. El río es un ancho y tranquilo espejo donde Córdoba puede contemplar coquetamente su belleza morena, un poco a lo Romero de Torres. Callejas estrechas, plazuelas recogidas, arrabales pintureros acogen alguna que otra sombra de urbanismo y dominan tiránicamente el conjunto de la ciudad.

Desde la moruna ciudad del Califato volamos a la no menos moruna ciudad de Valencia del Cid, y la cámara fotográfica recoge el Grao valenciano, el puerto redondo y mediterráneo donde atracan barcos de todo el mundo en busca de oro levantino: la naranja.

Las Islas Baleares se hallan al alcance de nuestra mano y no se resiste a la tentación de volar hasta ellas, cubriendo unas millas de mar latino, tranquilo y azul. No se acaba de llegar a una isla cuando ya se avizora la siguiente, emergiendo de las aguas como un puñado de rocas. A medida que se aproxima uno, los contornos se van definiendo, y entonces ya se destaca la silueta característica de Ibiza, Palma, Pollensa y otros muchos pueblos y villas. Y perdiendo altura se ganan detalles: la fortaleza de Mahón; la amplia y tranquila bahía de Alcudia y Pollensa; los alcores, cubiertos de pinos, de Sóller y Valldemosa; el amplio empaque ciudadano de Palma de Mallorca.

En busca de nuevos horizontes y contrastes, emprendemos vuelo de noche por las cordilleras norteñas, dejando a un lado las rutilantes múltiples lucecillas de la gran Barcelona, las sombras ingentes de la cordillera pirenaica, el largo culebreo del Ebro, que se parsimonia al pasar por la Seo y el Pilar zaragozanos. Y de propósito, la amanecida en los Picos de Europa. Allá donde la Naturaleza es más



Tajo de Ronda (Málaga).



León. Vista parcial.

Naturaleza, allá donde más imponentemente se manifiestan su grandeza y majestad, es sin duda en el mar y en la montaña. Y ello se realza al amanecer o en el ocaso. Volando sobre los Picos de Europa se comprende la dificultad extraordinaria de señalar cada punto y expresar seguidamente el casticismo sabroso de su toponimia.

León. La medula de León está constituida por un triángulo histórico-monumental, cuyos vértices maravillosos se llaman Catedral, San Isidoro y San Marcos. Así, al menos, se asemeja desde el aire, y la ciudad toda parece atónita ante semejantes maravillas, por lo que parece flotar sobre ella un hálito respetuoso y antiguo.

En ese triángulo histórico-monumental, para el cual vive León, no choca nada en la ciudad, armonizada perfectamente con él, salvo esas reminiscencias gálicas del edificio del Monte de Piedad, con una arquitectura insolente, entre tanto pasmo y respeto, de *chateau* merovingio.

En el amplio cauce secular del Duero, unos islotes alevos juegan a barcos. Las aguas han modelado lenta y amorosamente sus quillas, y para hacer aún más real el parecido, la corriente va dibujando, en un esbozo, un tibio remedo de singladura. Acaso sea éste el simbolismo de Zamora, que el aire nos devela; acaso Zamora sueña en el Duero bellos nostálgicos sueños de mar, de empresas salinas aventureras que no puede vivir, enclavada en la arriscada meseta de la Vieja Castilla. Pero sueña.

Las ciudades y los ríos van unidos siempre, indefectiblemente, en el recuerdo. Zamora y el Duero no se apartan de la regla. Zamora divide sus ansias contemplando al Duero que llega y mirando al Duero que se aleja. Con alborozo y con pena. El Duero mira siempre hacia adelante; es un viejo río multiseccular, y no



Palma de Mallorca. Vista parcial.



Sevilla. Vista parcial.



Toledo. Vista parcial.



La Coruña. Vista parcial.



ignora que en su cauce el murmullo de las aguas va pronunciando la vieja, sabida y olvidada filosófica lección de la vida: vivir es pasar, vivir es pasar... Y Zamora no quiere escucharle, y pretende asirle, y se le va, como forzosamente huye el agua de la cuenca de las manos. Las orillas, únicamente, no participan de la congoja de la ciudad. Un largo puente juega, a brincos, con el anchuroso río; un viejo molino moja, precavidamente, sus pies en el agua; y las piedras de los bordes se lanzan al líquido en audaz aventura de peces improvisados.

La vía férrea describe un círculo brillante en torno a la contextura clásica del castillo que cerrara los ojos a la más grande reina de los siglos todos. A no ser por eso, tal vez pudiésemos creer que nos encontráramos en aquella ya lejana época en que eran famosas en la piel de toro ibérica las ferias de la muy noble Medina del Campo.

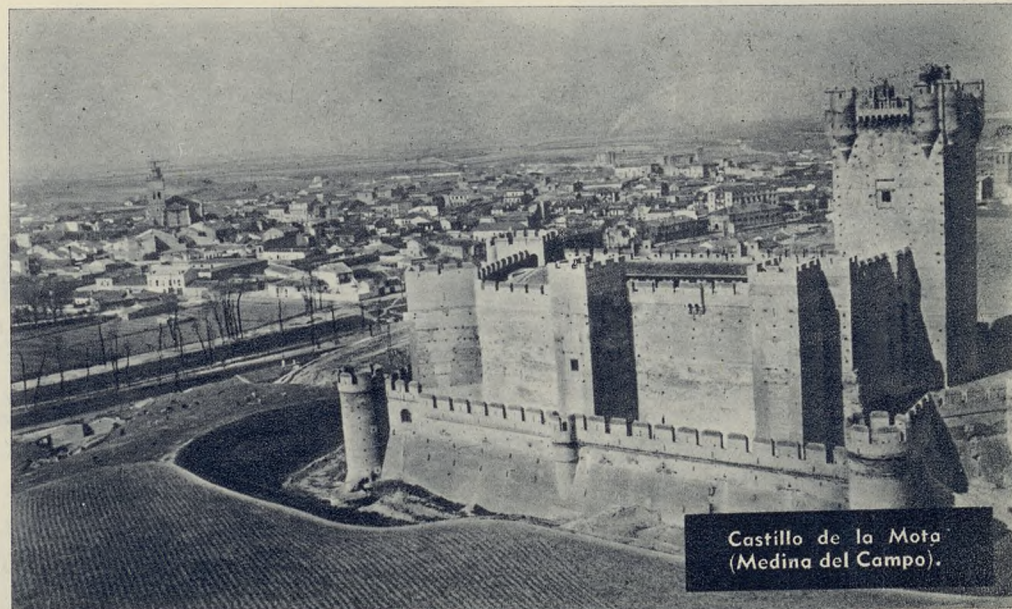
Y por fin se llega a Madrid, que es un poco síntesis y compendio de España toda. Si se llega por el norte, los bosques y cerros de El Pardo adoptan un poco la fisonomía de aquellas comarcas; si por el sur, los llanos y áridos terrenos simulan las vides y sabanas manchegas; por el este, las huertas jarameñas imitan a sus hermanas las levantinas. Y al igual que el paisaje, la manera de ser. Cuantos vienen de la provincia a la capital, fácilmente se aclimatan, porque fácilmente tropiezan con caracteres idénticos al suyo. Y Madrid está aquí, a nuestros pies, como obligado fin de viaje. Viéndole a él sentimos que estamos viendo a España. Bello como bella es la nación que capitaliza; con sus avenidas rectas y espaciaosas; con sus callejas angostas y retorcidas, herencia de la Corte de los Austrias; con sus pulmones de verde y rosas del Parque del Retiro y del Oeste; con su afán de ensanche y progreso, que es el común afán de la nación toda.



Simancas.



Segovia.



Castillo de la Mota (Medina del Campo).



Plaza de Colón.



Arranque del primer trozo de la Gran Vía.



Edificio de la Telefónica.



Gran Vía (segundo trozo).



Gran Vía (tercer trozo).



Museo del Prado.



Plaza de Neptuno.



Plaza de la Cibeles.



Plaza Mayor.



Puerta del Sol.



Palacio Nacional.

A la vista aérea superior, que recoge una cuarta parte de Madrid, aproximadamente, corresponde la perspectiva de la «foto» inferior. La de arriba comienza en la Casa de Campo, se-

guida del río Manzanares y del Palacio Nacional, para terminar en el parque del Retiro. En la de abajo se ve, en primer término, el Palacio Nacional y, al fondo, la arboleda del Retiro.